

TRABAJO Y DOS CONCEPTOS SIGNIFICATIVOS

WORK AND ATTENTION: TWO MEANINGFUL

RESUMEN

La filosofía de Simone Weil gira alrededor de dos conceptos: atención y trabajo. El primero se refiere a dejar de hacer lo que se hace; el segundo, a un constante actuar en el mundo. Parece que ambos términos no son compatibles; pero hay un vínculo mutuo entre la atención y el trabajo, tan importante que ha de transformar la vida de cualquier ser humano. ¿Cómo articular ambos conceptos para que haya tal transformación? Esta es la cuestión central en torno a la cual se desarrolla la siguiente estructura del texto: a) comprender la atención en términos de la percepción, b) comprender el trabajo en términos de la opresión y c) la reivindicación de una vida digna en virtud de aquel vínculo atención trabajo.

ABSTRACT

Simone Weil's philosophy focuses on two concepts: attention and work. The first one refers to stop doing what it is done; the second one, to a constant acting in the world. It seems that both terms are not suitable; but there is a mutual link between the attention and the work so important that it has to transform the life of any human being. How do both concepts articulate so that there be such transformation? This the central question around which the next structure of the text is developed: a) to understand the attention in terms of the perception, b) to understand the work in terms of oppression and c) the vindication of a new worthy life by virtue of that link attention-work.

PALABRAS CLAVES

Atención, trabajo, Weil, tiempo, espacio, acción, no-acción

KEYWORDS

Attention, work, Weil, time, space, action, non-action

Cuenta la historia de los seis cisnes, que una doncella liberó a sus seis hermanos de una maldición a la que por seis años estuvieron atados. Para rescatarlos la mujer debió esforzarse durante ese tiempo a no hablar ni sonreír mientras cosía seis camisas de anémonas con las que podía convertir los seis cisnes, es decir, sus hermanos, nuevamente en hombres. La salvación entraña un ardor por mantener el silencio fijando la mirada en el trabajo de la confección. No se puede actuar de otra forma sino enfocándose en este trabajo. Al callar, se deja de actuar; pero se actúa al elaborar las seis camisas. El esfuerzo estriba en conservar la abstención de una acción cuando se trabaja. Dicho empeño permite develar una verdad que ilumine el sentido del trabajo, que no pueda mezclar ninguna otra acción más que la del trabajo y que igualmente mantenga su pureza. La no-acción de la mujer ayuda a descubrir las personas que están tras la ilusión de los cuerpos de los cisnes, pero al mismo tiempo es posible porque hay un trabajo que la sustenta. La duda es cómo esta posibilidad se alcanza a partir de una no-acción involucrada dentro del movimiento del trabajo. Si Weil llama a esta no-acción la atención, porque cuando se es atento, el sujeto se contiene a no actuar, ¿cómo la atención se orchestra con el trabajo si éste igualmente es una acción? ¿de qué modo fluye ella en el trabajo para manifestar una verdad iluminadora? La atención es el camino que orienta hacia una verdad desnuda, sin ilusiones, sin cisnes que entorpezcan el sentido del trabajo, un camino conducente a una verdad sobrenatural que a su vez, en cuanto luz, ilumina el trayecto del trabajo. El propósito es dilucidar la orientación de este camino y así hallar la relación entre la atención y el trabajo. De esta manera, se busca comprender no solo la atención en tanto percepción de espacio

ATENCIÓN

EN LA FILOSOFÍA DE SIMONE WEIL

CONCEPTS IN SIMONE WEIL'S PHILOSOPHY

Juan Sebastián Quimbayo Camelo

juanquimbayo@santotomas.edu.co

y tiempo, dimensiones en las que el ser humano existe, sino también el trabajo en tanto acción para subsistir y la condición que lo ha conllevado a su desvalorización en la vida obrera, y se pretende dilucidar cómo reivindicar esta vida a través de una forma contemplativa para descubrir una verdad que reviva el estilo del obrero en medio de las desdichas, estilo no referido más que a la relación entre atención y trabajo.

El hombre existe y su existencia es dada en el espacio y en el tiempo. El sentido de la existencia se oculta tras el espejismo de los cisnes y por esta circunstancia, el hombre se pierde en

el universo. Se encuentra en un estado de ensoñación donde se deja llevar por fuerzas inconexas y consecuentemente percibe las cosas como destellos pasajeros porque cambian su apariencia conforme aquellas fuerzas se orientan abrupta y azarosamente a otros horizontes. Este comportamiento tan escarpado como discontinuo es, siguiendo la metáfora de Weil (2018), el mundo

de Proteo donde sea cual sea el estado de la cosa se convierte en otro sin trazar un ritmo continuo, sin atravesar los estados intermedios que conectan un extremo con el otro. Toda lógica, todo orden se desvanece por completo; solo queda lo imprevisto. El hombre está así hundido en un océano de fuerzas en el que él, en cuanto puesto en un cuerpo, es estremecido por todo el océano, y percibe su entorno en la medida en que su mirada esté enfilada por la dirección accidental de las fuerzas. El cuerpo se desliza conforme es arrastrado en el espacio y el

tiempo: en un momento se halla en una posición A; pero sin saberlo, a causa del estado de ensoñación, se encuentra en otro instante en otra posición B sin pensar cuál es la conexión de ambos puntos. Cualquiera que sea la ubicación, la percepción del mundo será pues completamente diferente sin entender el empalme significativo. Para descubrir los goznes que articulen los estados del mundo, el hombre debe aprender a percibir y esta percepción radica en la atención, la cual debe articular las fragmentaciones proteicas dentro de la uniformidad del espacio y el tiempo.



Fijar la mirada a estas dos dimensiones es el primer paso para entender el vínculo entre la atención y el trabajo, ya que, si se quiere hilar una continuidad (tal cual lo hizo la doncella con las camisas), se debe ser consciente que ella se prolonga en toda ocasión tanto en el espacio como en el tiempo. A efectos de hacer esto posible, un aprendizaje

sobre una adecuada percepción es insoslayable dado que hay una liberación de las garras de Proteo, siempre que haya una constatación continua del mundo captada por una percepción correcta.

¿Qué nos garantiza una apropiada percepción del espacio? La geometría establece la condición de suerte que cualquier acción se vuelve un trabajo. Pasar de un punto espacial a otro requiere de un esfuerzo o de un trabajo; si el movimiento es inmediato y la conciencia no da cuenta de las distancias intermedias, ese



Es imposible la traslación sofisticadas el mundo, mas no lo espacial sin conocer los transforman. Si no hay modificación, en intervalos y esto es la sentido estricto no hay trabajo pese a que condición geométrica que hay una acción de la estudiosidad. Pero posibilita ver la acción como en un trabajo, debe pasar por la trabajo, en la medida en la condición geométrica a la cual Weil la que éste determina la forma denomina ley del trabajo, “que hace de la materia encontrada trabajos de todas mis acciones” (Weil, fuera en el espacio como 2018, p. 99).

movimiento no puede ser propiamente un trabajo. La traslación espacial de un punto sugiere intermediaciones ininterrumpidas, cambios constantes que están sometidos a la condición geométrica, pero que no son resultados efectuados únicamente por quien las produce debido a que el espacio como extensión de la materia está fuera de la intención al cual se quiere obrar los cambios. Hay una voluntad que impulsa las acciones a otras posiciones, aunque la materia, aun modificada, es indiferente a lo que se quiere con el cambio. El trabajo modifica la materia, le da una forma de acuerdo con las intenciones, si bien la materia no se sigue de ellas. El mundo se transforma conforme al trabajo efectuado; en contraste, la geometría se atiene a fundar la condición por la cual el trabajo fluye a lo largo de un movimiento continuo en el espacio sobre la materia. Dar cuenta de esta fluidez requiere de la percepción: “percibir las cosas en el espacio es saber que mis movimientos y los cambios independientes de mí están sometidos a necesidades tales como la imposibilidad de pasar de un sitio a otro sin recorrer todos los puntos intermedios, necesidades geométricas, por consiguiente, que hacen de toda acción un trabajo” (Weil, 2018, p. 48).

un movimiento continuo. A este trabajo lo acompaña la percepción, que no es la contemplación lejana de un mundo cristalizado en un cuadro, sino es el cuidado a todos los movimientos realizados por el trabajo sin el cual no puede haber continuidad en el mundo. La percepción del espacio consiste, por lo tanto, en la atención que observa la limitación geométrica de la continuidad.

No toda acción puede llegar a ser un trabajo, ya que no todo acto puede transformar la materia. Si cualquiera aceptase únicamente la percepción como la obtención del conocimiento de un objeto, la acción distaría mucho de ser un trabajo pues el hombre se circunscribiría a estudiar de manera elocuente la naturaleza del mundo y no descubriría la verdad en torno al cual gira su sentido. El estudio o la sabiduría de los eruditos poco conviene porque adorna con palabrerías

El hombre penetra más el mundo si experimenta constantemente esta ley; y si hay atención, el obrero, quien todos los días trabaja, descubre el verdadero sentido más que aquel sabio letrado quien conoce por medio de la ciencia. “El obrero puede haber salido de la caverna, los miembros de la Academia de las Ciencias pueden moverse entre las sombras” (p. 99-100).

La percepción del espacio escolta el trabajo como horizonte de la continuidad del mundo e incluye una ley que permite desvelar su verdad. Ahora bien, el tiempo también es condición de nuestra existencia. Aparece como una relación entre el pasado y el futuro, entre lo que hemos sido y lo que seremos. Esta relación no es más que una restricción de nuestra existencia puesto que existimos temporalmente fuera de nosotros mismos; no somos lo que fuimos, pero tampoco somos lo que vamos



a ser. Dicho de otro modo, estamos siempre excluidos tanto del pasado como del futuro. Para que haya un sentido del tiempo, es decir, una continuación uniforme temporal, no es suficiente solo con tener conciencia de una noción del tiempo, sino también evidenciar el peso de los actos mediante el cual se manifiesta nuestra existencia, pues existir no es sino actuar en el tiempo. Nosotros tenemos poder para determinar nuestra propia existencia a través de nuestros actos. De la misma manera que la materia es modificada en el espacio, nuestro existir es constituido en el tiempo. “Actuar no es otra cosa para mí que cambiarme a mí mismo, cambiar lo que sé o lo que siento” (p. 104). Las acciones transforman lo que soy en cuanto existencia; soy en la medida en que pueda actuar. Por más que ejerza un cambio en mi existencia, el que pueda llevarlo a cabo implica ejecutar otras acciones como intermediarios de otros cambios. La transformación de mi existencia a lo largo del tiempo también contiene

como intervalos, cambios que mantienen la continuidad. De esta manera, tengo el poder de modificarme por medio de otros cambios en el tiempo. Mi existencia es entonces mutable indirectamente a través de acciones que influyan en los cambios, transcurriendo desde un acto del pasado a otro del futuro.

Una exclusión de mi existencia en el tiempo significa que en toda ocasión me encuentro fuera de mi ser porque cada instante dejo de ser lo que he sido en el pasado y dejo de ser lo que soy para proyectarme en el futuro. No puedo

determinarme dentro de un alcance directo hacia mí más que mediante la intervención de mis acciones. En el presente solo hay actos momentáneos y desde ahí debo proyectarme en el futuro a través de dichos actos. La proyección hacia el mañana es lo que constituye la continuidad del tiempo y se logra por el poder de los actos. Este poder indirecto es el trabajo mismo que teje el tiempo deslizándolo hacia instancias ulteriores. Separarme de lo que soy para luego introducirme en lo que seré se unifica en el trabajo, el camino que va construyendo la imagen de mi existencia. Sin embargo,



como el tiempo es trenzado, no con ello se sugiere que tan pronto el trabajo es detenido, igualmente se paraliza el tiempo. Si por voluntad dejase de trabajar, el tiempo no se limita a lo que quiero. El requisito no es tomar el poder por encima del tiempo; por el contrario, es poder darle un sentido mediante el trabajo, aquella acción que conecta el acto del presente con el del futuro. Como me encuentro desconectado conmigo mismo en cada instancia, asimismo el mundo se halla desunido con cada una de sus partes y, por consiguiente, tampoco

hay proyección alguna. Por esta razón, el trabajo debe aparecer como el foco atento en el que se yuxtaponen todas las roturas fugaces de Proteo. El sentido del mundo emerge con lo que hago con las manos. Tales manos no pueden orientarse bien si los ojos no están atentos a lo que hacen. Hace falta la percepción que relacione cada uno de los fragmentos del tiempo con la proyección. Obviamente la relación se alcanza con la ley del trabajo por medio del cual la proyección se vuelve continua entre las diferentes instancias, el paso del momento más cercano (el presente) al momento más lejano (el futuro).

Así pues, por intermedio del trabajo el espacio y el tiempo son dados como estipulaciones. La primera en tanto extensión de la materia, objeto del trabajo; la segunda en tanto duración de mi existencia, condición formal del trabajo. La percepción de ambas dimensiones se junta de igual forma, ya que al poner los ojos en la acción, se capta el mundo menos inconexo, poco intermitente. Se dilucida la verdad

del mundo cuando el hombre concentra su trabajo, tiene la atención a esta labor, desde el momento en que la percepción vislumbra los límites del espacio y el tiempo. Por eso Weil invita a reivindicar el trabajo y a escuchar la percepción. “Despertemos, pues, de nuevo al mundo, es decir, volvamos al trabajo y a la percepción, sin que nos falte coraje para observar esa regla por la cual solamente lo que hacemos puede ser trabajo, y lo que sentimos, percepción” (p. 109).

La invitación no es inoportuna dado que, de acuerdo a la historia de la humanidad,



el trabajo ha perdido su significación y se debe a que padece con un escarmiento inherente a su cualidad. Desde los tiempos antiguos el hombre debió trabajar en aras de la prosperidad de su supervivencia, mientras recaía sobre él una opresión de la misma naturaleza. En efecto, el hombre se mueve en medio de las necesidades humanas y, con tal de liberarse de esta fuerza natural, sufraga los medios de producción, mecanismos transformadores de la vida humana y su relación con el entorno. La caza, la agricultura y la pesca son los primeros medios de producción que responden a la presión inapelable de la naturaleza. El esfuerzo humano radica en procurar subsistir ante las necesidades naturales y el trabajo no constituye más que la acción por la cual el hombre resiste al empuje que la naturaleza ejerce detrás de él. El trabajo resulta de una opresión por parte de una fuerza natural, en tanto que el hombre está bajo su dominio, el cual no es una sumisión total ante la naturaleza porque, gracias a la producción de medios, el hombre puede controlarla y buscar por sí mismo la mejor manera de arreglarse con el entorno. “En resumen, respecto a la naturaleza, el hombre parece pasar, por etapas, de la esclavitud a la dominación” (Weil, 2015, p. 46) y, con todo, el trabajo no deja de estar sometido a una fuerza de opresión. No se escapa ya que, si bien el hombre

gobierna el impulso de la naturaleza, surge otra necesidad aún más recia y es la voluntad por mantener el dominio, el poder ejercido no solo sobre la naturaleza misma, sino también sobre otros hombres. La naturaleza se hace presente a través de las necesidades; el hombre, a través del poder sobre otros. Sea cual sea el caso, el trabajo está oprimido.

Desde luego hay sumisión cuando hay poder y el trabajo se reduce a la relación de dominación y subordinación. La razón yace en que, si la naturaleza impone una necesidad para trabajar en el medio, igualmente los hombres fuerzan a otros para trabajar. Hay, pues, un desequilibrio entre los hombres donde unos tienen más prestigio que los otros. Esta desigualdad ha conducido no solamente a la preservación de la vida de cada quien, sino también al cuidado del poder con la ayuda de los medios de producción; no obstante, al prestigio particular de un hombre se le contraponen el antagonismo de otro, el cual pretende de igual modo conservar la reputación recurriendo a los mismos medios de producción. Esta contraposición resulta en un conflicto que, si no se acota, se convierte en guerras inconmensurables.

Resistir a la fuerza de la naturaleza y al poder del hombre, implica consumir medios de producción. El crecimiento del poder y de la fuerza se debe al uso excesivo de los mencionados medios a tal grado que las guerras muestran ser el recurso adecuado. Sin un límite, a causa de la conservación del prestigio, el hombre provoca contiendas bélicas, en tanto que el trabajo se ciñe a la producción de armamentos. De la búsqueda de medios primitivos movida por las necesidades naturales se pasa a la búsqueda de medios más sofisticados para custodiar el poder a través de las guerras, y ello depende de la producción de armas. El trabajo se subsume por consiguiente en la fabricación de recursos armados con el fin de adjudicarse al poder.

¿Cómo el trabajo entonces puede ser desligado de semejante condena, de la opresión que la fuerza ejerce sobre aquél? Aun cuando el hombre requiere de una acción forzada y laboriosa para subsistir, debe haber también una perspectiva que acorte el impulso de la opresión, o bien, abstenga la acción dado que “siempre actuamos demasiado y nos desperdigamos sin cesar en actos desordenados” (Weil, pg. 24). Este desorden no es más que el desenfreno de las guerras y una carrera inagotable hacia el poder. Hay que poner un límite y medir la

inconmensurabilidad de la acción con el término de la no-acción. Es menester aclarar que dicho concepto negativo no rechaza la actividad de la acción, es decir, el no-actuar no es una noción que alude a su pasividad; más bien es algo diferente: la no-acción es una percepción diligente atenta a la acción del trabajo; es una mirada reflexiva en torno a la producción que deriva de la acción laboriosa. Sin esta vía, el trabajo pierde su valor y el hombre se distancia más de las condiciones que lo hacen ser más humano.

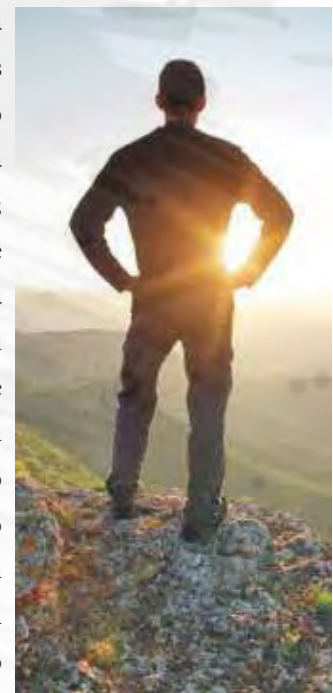
Weil, en efecto, experimenta en carne propia las condiciones inhumanas en las que el obrero vive día a día en las fábricas. Considera que el trabajo se ha perdido y busca reivindicarlo de alguna forma en la vida humana. En su texto *Experiencia de la vida de fábrica*, Weil denuncia la desdicha de los obreros, una desgracia desmoralizada que se normaliza en el ambiente de las fábricas. Esta normalización impide la atención al trabajo porque el obrero no tiene percepción más que de la producción inagotable de los medios. No percibe el espacio puesto que la materia se apodera del pensamiento del obrero. “Las piezas circulan con sus fichas, la indicación del nombre, de la forma, de la materia prima; casi se podría creer que son ellas las que son personas y los obreros los que son piezas intercambiables” (Weil, 2007, p. 247). Dentro de la fábrica, el hombre es cosificado como una pieza más que ha de ceder su conciencia a la funcionalidad de la máquina. En lugar de modificar la materia de un modo originario en el espacio, el obrero es moldeado conforme a la productividad de los medios materiales. Tampoco percibe el tiempo porque la rutina en la fábrica adquiere una cierta frecuencia monorrítmica que se entremezcla con la velocidad y aceleración de las máquinas. El tiempo del obrero transcurre mecánicamente. “Es, en una jornada de obrero, el primer ataque de una regla cuya brutalidad domina toda la parte de la vida pasada entre las máquinas; el azar no tiene derecho de ciudadanía en la fábrica” (p. 243). No hay precisamente azar porque al pasar los días, la jornada se torna uniforme; lo que se hace ahora será igual en lo que se hará en días venideros. La homogeneidad en donde el movimiento orgánico del obrero



se confunde con el movimiento de las máquinas, destruye toda proyección pues “el futuro del que trabaja en una fábrica está vacío a causa de la imposibilidad de prever, y más muerto que el pasado a causa de la identidad de los instantes que se suceden como los tic-tac de un reloj” (p. 254). No tener percepción del espacio y tiempo en la fábrica conduce a un trabajo envuelto en la ligereza del mundo de Proteo, donde la producción de los medios se realiza

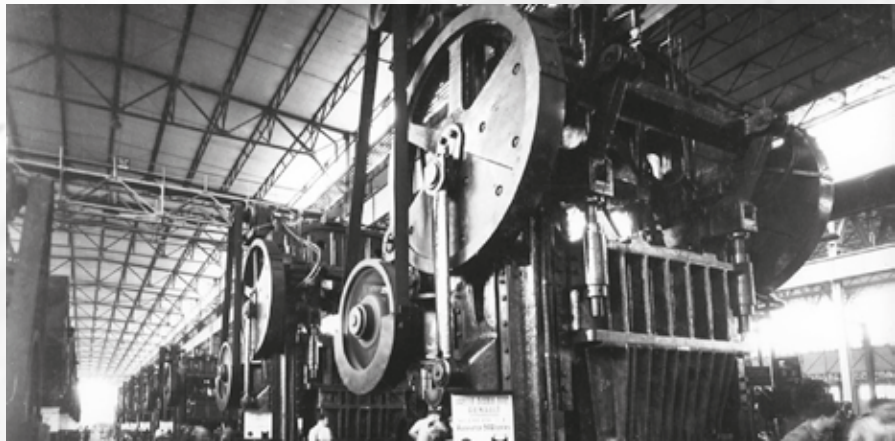
muy aceleradamente. Así, pues, el trabajo pierde su valoración tan pronto al hombre se le escapa la visión del espacio y tiempo, i.e. la atención.

No quiere decir ahora que, para proteger los derechos del obrero, éste deba tomar el camino de la revolución y abolir de paso la estructura interna de la fábrica. Para Weil (2007) las condiciones monótonas y aburridas del trabajo no son un juego que cualquiera puede evitar; son circunstancias, por el contrario, sin las cuales el hombre no puede sobrellevar su pena obrera ni puede remitirse a una transformación digna del entorno, capaz de dignificar la acción del trabajo. Con el fin de hallar una salida a la desdicha del obrero, paradójicamente él debe estar aún más inmerso en la desgracia dentro de la fábrica. El esfuerzo de esta salida estriba nuevamente en la atención. Se requiere de una mínima tarea para abrir los ojos y observar que el trabajo es una actividad continúa dirigida hacia un cierto orden; “es necesario que el futuro se abra ante el obrero con cierta posibilidad de previsión, a fin de que tenga el sentimiento de avanzar en el tiempo, de ir con cada esfuerzo hacia un cierto acabamiento” (p. 255). Como se expande en la prolongación del tiempo, la percepción del obrero ha de prever el proyecto



con que se lanza el trabajo hacia el futuro. La finalidad no es producir más medios para avivar la competencia hacia el poder, sino es, en cambio, que el obrero encuentre sentido a la acción repetitiva llevada a cabo día tras día. Debe aprender a mirar cuidadosamente lo que hace y de esta manera evitar la absorción de los medios de producción. Hay que buscar el sentido de la fábrica mediante la atención al trabajo.

Mientras el obrero se entregue a la monotonía de la fábrica y al automatismo de las máquinas sin tener un mínimo ahínco de presidir por encima de estas circunstancias míseras, no puede haber otro movimiento sino aquel que sumerja el destino del trabajador a repeticiones constantes e infinitas de una misma actividad. Este movimiento tan mecánico produce desaliento en un largo periodo de tiempo. No se escapa de este tedioso destino a menos que haya una atención, o bien, un deseo por atender el trabajo. Pero el deseo también pierde su atractivo por propulsar nuevos movimientos (Weil, 2007, p. 302); se desvaloriza, ciertamente, puesto que dentro de ese destino no hay nada que se desea más que la gratificación después de una larga jornada. Por inercia el obrero busca compensaciones como sedantes para olvidar el trabajo; sin embargo, recuerda que una nueva semana adviene y regresa a cumplir nuevamente las funciones industrializadas, esperando una vez más el retorno de las recompensas embriagantes. Aquí es importante manifestar la



influencia del dinero pues nada se consigue gratuitamente. De este modo el deseo se limita al alcance del dinero. Que el obrero trabaje en aras de una remuneración salarial, es un hecho que Weil jamás admitiría. “El dinero en tanto que objeto de los deseos y de los esfuerzos no puede tener en su dominio las condiciones en cuyo interior es imposible enriquecerse” (p. 304). En otras palabras, no tiene el peso para que el desdichado salga de la condición obrera atribulada. Si es así, aún no es suficiente debido a que, por mucho anhelo hacia el dinero, si no se tiene el ánimo de salir de las circunstancias inhumanas vistas en las fábricas, el obrero no deja su condición servil. No lo abandona por el hecho de que el sentido de la vida suya gira siempre en torno al trabajo de la fábrica ¿Qué puede hacer él fuera de esta ventura? No existe

otra opción sino seguir el trabajo al que por mucho tiempo ha estado condenado, y cuyo efecto colateral ha sido la pérdida de sentido de su existencia a causa de la pesadez del trabajo.

Aun cuando es inevitable el sufrimiento, Weil manifiesta una esperanza, la cual depende de un máximo empeño de los desdichados. “Una sola cosa hace soportable la monotonía, y es una luz de eternidad, es la belleza” (p. 304). Sabemos que los griegos, y especialmente Platón, construyeron una noción particular sobre aquel concepto: la belleza está constituida por un cierto ideal ultrasensible del cual participan las cosas materiales y por el cual se dice que dichas cosas sean bellas. Aunque se restringe a la búsqueda de algún éxtasis compensatorio, ubicado fuera del trabajo (en efecto, queremos una recompensa ajena que elimine esta acción obrera), el deseo puede rescatarse

solo si lo que deseamos está a nuestro alcance siempre en el trabajo, ya que a toda hora hay un mínimo esfuerzo por alcanzar el objeto deseado, y este empeño se mueve por el deseo; por consiguiente, se debe querer también el trabajo pues es la acción inmediata que por sí misma mueve al



obrero a la cosa querida. De este modo, querer algo es querer asimismo trabajar sin importar cuánto sufrimiento trae esta acción. Si el obrero tiene la disposición de salir de su desgracia, debe desear el trabajo tal cual se presenta con todas sus condiciones serviles. “Todo lo que es bello es objeto de deseo, pero no se desea que sea distinto, no se desea cambiarlo en nada, se desea tal como es” (p. 304). Así como los griegos pretendían buscar la belleza en sí de todas las cosas, el

obrero ha de estimar lo que es en sí el trabajo, esto es, todas las circunstancias opresoras que hace de esta acción tal como es. El trabajo se asocia con el concepto de belleza en la medida en que ambos cobran sentido por una fuerza de deseo sin más. Desde luego debería buscarse ahora cómo se rescata el sentido del trabajo si fácilmente se pierde en la producción constante de los medios.

El significado de la vida obrera está en el trabajo; si ésta se extravía, el sentido de la existencia se disiparía igual. Para mantenerlo hay que soportar las condiciones serviles, no solo desdeñarlas, sino tampoco dejarse consumir por ellas. La resistencia al trabajo entraña una lucha de clases en el momento en que el grupo más privilegiado aplasta la dignidad humana de la clase más desventurada (Weil, 2007 p. 358). Con la lucha, Weil no se refiere a un conflicto revolucionario contra los opresores, ya que podría conducir a una guerra; más bien, alude a una constante transformación cultural de tal suerte que la clase obrera no pierda, pese a la diferencia de los hombres, ningún derecho de ser humano (2007, p. 358). Se lucha por conservar la imagen digna del obrero y esto es posible si él honra los símbolos que

lo integran a su propia cultura. La máquina, la polea, el martillo y otros elementos, son partes de su existencia; en lugar de permitir la humillación y la alienación, ha de exaltarse la belleza del trabajo, la cual resulta de las imágenes anteriormente mencionadas.

“A partir de ahí se podría hacer mucho. Transmitir a los



adolescentes estas grandes imágenes, unidas a nociones de ciencia elemental y de cultura general, en los círculos de estudios. Proponerlas como temas para sus fiestas, para sus tentativas teatrales. Instituir fiestas nuevas alrededor de ellas, por ejemplo la víspera del gran día en que un pequeño campesino de catorce años labra solo por primera vez. Hacer mediante ellas que los hombres y las mujeres del pueblo vivan perpetuamente bañados en una atmósfera de poesía sobrenatural” (2007, p. 309).

La cultura cotidiana del obrero es esa poesía cuya fuente proviene de una luz espiritual. Su cultura, en otras palabras, no es más que la religión cristiana. La esperanza por salir de la desdicha radica en una energía divina; la cuestión es mantener la mirada hacia esa luz porque se pierde en medio de la condena laboral. Resistir es atender a la claridad espiritual y es realizable en cuanto se establece la atención a los elementos que rodean la cotidianidad obrera, pues constituyen la materia como reflejo de la luz. “La materia tiene una propiedad reflectante. Es un espejo empañado por nuestro aliento. Solo hay que limpiar el espejo y leer los símbolos que están escritos en la materia desde toda eternidad” (p. 306). No obstante, la materia se ensucia y por tal razón el ojo ha de estar bien puesto para leer cuidadosamente el sentido de lo que las manos hacen con ella. Mantenerla pura ayuda a la atención a orientarse hacia Dios, el ser espiritual que ilumina el horizonte del trabajo.

Pero entre más sucio estén los componentes simbólicos a causa de la producción acelerada de los medios, más cuidado ha de tener el obrero para observar la significatividad del trabajo. Debe

haber mayor meticulosidad y, todavía más, cuando la producción conlleva a toda guerra. No es enigmático que, al enfrentarse a un conflicto bélico de cierta magnitud monstruosa, lo que sobra es destrucción y barbaries entre las sociedades. Frente a esta desolación, el hombre ha de sobresalir gracias

a una especie de milagro fundamentado por una mirada misericordiosa hacia Dios. Detrás de las devastaciones de las guerras se esconde un sentimiento sublime demasiado humano: el amor. Al hacer un análisis a la *Iliada*, Weil (2005, p. 27) está convencida que es un poema que antecede al Evangelio porque, a pesar de que manifiesta los desgarradores acontecimientos de la guerra de Troya, realza el amor como señal de optimismo cristiano de manera que el hombre se libere de la desdicha a la que está condenado no solo por la producción de los medios, sino también por las atrocidades de las guerras; pero como las guerras están tan enraizadas, el amor se presenta como una nostalgia que proporciona una tonalidad amarga a las guerras. ¿Cómo de esta amargura resulta el milagro? ¿de qué forma puede los hombres encaminarse hacia Dios a partir de un sentimiento de nostalgia? El milagro, movido por la pesadumbre, guía a los hombres a forjar un destino por encima de las guerras y, con todo, ello no es posible si no son conscientes hasta dónde su destino conduce en realidad a la miseria humana. Ha de experimentarse lo más bajo de la guerra para poder dilucidar la verdad sobrenatural como fuente de redención. Cuanto más profundo son la caída y el dolor dentro de las fuerzas bélicas, tanto más firme es el amor a Dios. “No es posible amar y ser justo si no se conoce el imperio de la fuerza y no se sabe respetarlo” (p. 28).

El principio fundamental del cristianismo se basa en el sufrimiento y a partir de esta desdicha, se consigue el amor divino. Una de las consecuencias del sufrimiento es el desarraigo (Weil, 1993, p. 75) o la falta de deseo por vivir; no significa un impulso por morir, sino es mantener una muerte en vida a causa de la petrificación del alma. Los obreros pueden durar así en su vida por muchos años dado que su pensamiento se retrae (Weil, 2007, p. 243) y no están ávidos de luz como para identificar su desgracia en las fábricas (p. 250). El pensamiento del obrero se esconde y normaliza su sufrimiento sin poder

percibir con atención más allá del umbral de la desgracia en la fábrica. Así como Cristo fue obligado a apartarse de Dios por su dolor en la cruz, cualquier obrero olvida el amor a Él en cuanto se hunde en la desdicha. Tanto en Cristo como en el obrero la desventura concluye un



distanciamiento que se adhiere gradualmente en el alma. Lo que se distingue en esta lejanía es el odio y no deja que el alma pueda cargar arduamente esta desgracia; por el contrario, la desdicha absorbe al obrero e impide que vea los recursos contemplativos con los cuales pueda asegurar un mejor destino. Con tal de no ser atrapado en el fondo de la desgracia, es necesario conservar el amor a Dios. Por parte del obrero se requiere el esfuerzo por mantener el amor o el deseo de estar con Él y, con ello, desvelar la belleza del mundo tal y como es. Dios no es más que la manifestación bella del mundo en el que vivimos y se revela a través del amor. Esta revelación no es fácil; se requiere asimismo de un empeño para ver la belleza divina del mundo y este esfuerzo no es más que la atención al trabajo, lo cual genera un agotamiento por el que se pone de manifiesto la cercanía con Dios. El obrero logra contemplar así la belleza del mundo, la verdad divina descubierta por la atención y alcanzada mediante el trabajo. Este descubrimiento se destapa en medio de la fuerza de la naturaleza y la opresión de otros hombres; pero para que sea factible, es indispensable que cualquier hombre esté dispuesto a percibir tal hallazgo divino.

Zarpar hacia el reino de Dios implica pasar por el camino de la atención, un sendero por donde el obrero o el hombre ha de mantener bien puesto los ojos para no perderse y llegar poco a poco con esmero al final de su destino. La doncella pudo hallar la apariencia verdadera de sus



seis hermanos, aunque sufrió sin hablar ni reír por seis largos años y concentrada en la confección de las seis camisas. Así mismo, el obrero puede encontrar una verdad divina (tal y como lo pretendía Santo Tomás) cuanto más cae a una desdicha alienada (sea en la fábrica o en la guerra); pero siempre atendiendo cuidadosamente al trabajo como eje fundamental para la articulación de su existencia en el mundo inmediato de Proteo y para la proximidad, a través del amor, a un mundo perfectamente bello, que vislumbra el sentido del trabajo mismo. Es así que la no-acción de la atención orienta la acción del trabajo no solo como horizonte de la existencia humana, sino también como esperanza del obrero en medio de la crisis en la que Weil vivió en su tiempo.

Nota

1. A temprana edad, Simone Weil realiza una lectura filosófica en torno al cuento de los hermanos Grimm *Los seis cisnes* con el propósito, creería, de introducir las primeras líneas de su filosofía acerca de la atención y del trabajo. En pocas páginas Weil logra explicar por qué la doncella pudo rescatar a sus seis hermanos con dedicación y sacrificio y lo hace debido a que hubo una abstención pura, una no-acción. Véase Weil, 2018.

2. Dios del mar en la mitología griega conocido por transformarse ininterrumpidamente su forma con tal de que nadie lo pudiera distinguir en los océanos.

3. La percepción comúnmente conocida en la epistemología contemporánea como aprendizaje meramente intelectual no es suficiente para constatar la existencia del mundo puesto que está reducida a una referencia de las cosas en tanto objetos del conocimiento. Detrás de esta referencia hay solo un sujeto que únicamente aprende a conocer el mundo mentalmente; sin embargo, lo que conoce corre el riesgo de ser olvidado porque "no hay ningún hombre que no aprenda a cada instante, pero que igualmente olvide cada instante" (Weil, 2018, p. 97). Por tal razón, tener una percepción intelectual del mundo solo se logra por un corto periodo de tiempo. Constatar el mundo por supuesto requiere de esta percepción, pero además de una ayuda demasiada humana, la cual no puede desligarse de las emociones, cuya naturaleza invoca no al conocimiento del objeto sino al sentimiento del mismo. Una percepción adecuada ha de estar acompañada por lo que nos constituye como humanos (Weil, 2018, p. 97).

4. A propósito de la revolución francesa y rusa, Weil relata cómo ambos acontecimientos históricos desembocaron en la tiranía. Si bien ambos manifestaron las injusticias sociales acaecidas tanto en la burguesía como en el proletariado, terminaron en aquello que querían destruir, el estado opresor de su tiempo: la nobleza y la monarquía zarista respectivamente. La revolución francesa culminó en una república donde el pueblo fue sometido a luchar contra las monarquías extranjeras; la revolución rusa, en formar un ejército contra el imperialismo. Estas luchas de clase por vía de la revolución no son las adecuadas pues siempre trae como consecuencia un conflicto aún más tiránico (Weil, 2007, p. 325-335).

5. Weil va a poner de manifiesto el cristianismo como concepción fundamental de su pensamiento y ello lo prueba en una carta autobiográfica remitida al fray Joseph-Marie Perrin, donde nos dice que su pensamiento acerca de la vida no es más que cristiano (Weil, 1993, p. 39).

6. El amor se opaca por la constante dominación del hombre mediante el uso de la guerra. Mientras se esté en la guerra, lo que se ama, se ama con nostalgia ya que lo amado es susceptible de ser destruido por la guerra. Weil evidencia este sentimiento en la guerra de Troya cuando Héctor mira nostálgicamente el lugar donde antes las mujeres disfrutaban lavar sus vestidos y que ahora es el escenario donde acontece la barbarie de los aqueos (2005, p. 25 -26).

7. No se acostumbra a ver la extralimitación debido a que el mundo del obrero se limita a producir lo que el patrón manda. Para que haya una mirada a la verdad divina, el obrero ha de percibir el sufrimiento desde afuera y distinguir que no es la única realidad presente (Weil, 2007, p. 250 -251). Es oportuno ver cómo el alcance hacia un reino de Dios, desde la perspectiva cristiana, se asocia con el mundo platónico de las ideas o el concepto de belleza. Weil establece una analogía con Platón con el fin de superar el desarraigo del obrero.

REFERENCIAS

Weil, S. (1993) *A la espera de Dios*. Trotta

Weil, S. (2005) *La fuente griega*. Trotta.

Weil, S. (2007) *Escritos históricos y políticos*. Trotta

Weil, S. (2015) *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Trotta.

Weil, S. (2018) *Primeros escritos filosóficos*. Trotta.



Simone Weil Imágenes de Bridgeman(<https://www.nytimes.com/2018/02/20/opinion/simone-weil-human-rights-obligations.html>)